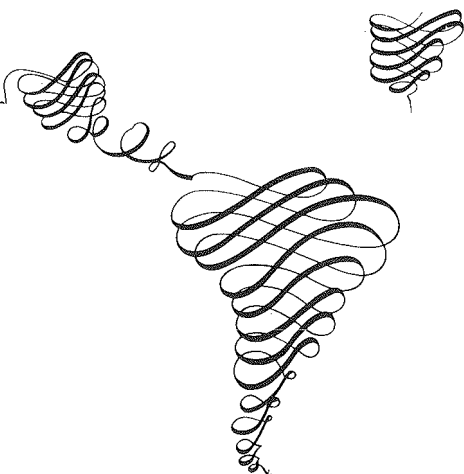




Burundi o el mal ejemplo de Ruanda

José Ricart *

LA región de los Grandes Lagos, en el corazón de África, es hoy el centro de atención de los medios de comunicación en todo el mundo. Ruanda y Burundi se añaden a la ya larga lista de países africanos que, desde hace años, viven una situación de guerra civil latente o declarada (Sudán, Etiopía, Somalia, Liberia, Ghana, Nigeria, Angola, Mozambique...) y mantienen en vilo a todo un continente, castigado por las sequías, la desertización, el hambre, el subdesarrollo y el olvido.

África limita al Norte con el islamismo fundamentalista, al Sur —hasta hace poco— con el «apartheid», al Este y al Oeste con los conflictos bélicos: así es la geografía política de este continente que vive un éxodo forzado y posee el trágico palmarés de contar con el 40 por 100 de refugiados que hay actualmente en el mundo.

La compleja situación de Ruanda y Burundi tiene hondas raíces donde se entrecruzan su propia historia, la herencia colonial, y la injerencia de los países occidentales como factores más importantes.

Después de una breve estancia de dos meses entre los refugiados

* Coordinador del Servicio Jesuita a Refugiados.

ruandeses, en Burundi, integrado en el equipo de Servicio Jesuita a Refugiados, estas reflexiones quieren ser un respetuoso homenaje a esos pueblos mártires que no han perdido aún la esperanza de sobrevivir en paz a tanta barbarie.

Dos pueblos y un destino

HACIA el siglo XI, se encontraron las tres etnias que conforman actualmente ambos países: los Batwa, nativos de la región, cazadores, pigmeos; los Bahutu, procedentes del Sur, agricultores, rasgos negroides y altura regular; los Batutsi, hamitas, procedentes del Norte, pastores, rasgos finos y de gran altura.

Según los historiadores, hacia el siglo XVII, Ruanda y Burundi estaban ya configurados como países: idioma común bantú, cultura fusionada y monarquía.

«A inicios del siglo XX —escribe Basil Davidson— su conciencia histórica y su patriotismo eran comunes.»

Los primeros exploradores (en Burundi, se produjo el célebre encuentro de Livingstone con el periodista Stanley y la pregunta del primero que se ha convertido en paradigma de los medios de comunicación «¿qué pasa por el mundo?») describen una sociedad jerarquizada, bajo una monarquía feudal —los *Mwama* o reyes, de la etnia tutsi—, pero sin más diferencias. Así, por ejemplo, a la institución de los *bashingantabe* o notables (literalmente, el que planta la lanza, como signo de autoridad), personas sabias que dirimían los litigios de la tribu o comunidad, podían acceder tanto los hutus como los tutsis.

Sin embargo, esta sociedad tenía ya latente una de las raíces históricas del actual conflicto: la obediencia ciega a las órdenes del jefe y la responsabilidad colectiva, en el sentido semítico de que toda la familia es responsable de lo que haga uno de sus miembros. El horror del genocidio ruandés surge de este inconsciente colectivo.

La época colonial, primero bajo mandato alemán y después belga, acentuó las diferencias privilegiando a los tutsis que accedían a la universidad o cursaban estudios en Europa. Se formó así una elite heredera de la colonia en todos los centros de poder: político, militar, económico y judicial, elite que actuaría pronto como una bomba de tiempo en unas sociedades formadas por una mayoría hutu (85 por 100 de la población),

desprovista de poder, y una minoría tutsi (14 por 100 de la población), con plenos poderes.

Con la independencia en 1962, ambos países abolieron la monarquía feudal y se incorporaron en principio al sistema democrático, aunque los partidos se formaron sobre bases étnicas (PARMEHUTU y UNAR, en Ruanda; UPRONA y FRODEBU, más recientes, en Burundi).

La incipiente democracia no llegó a permeabilizar las bases sociales, en su mayoría analfabetas y todavía apegadas al esquema feudal, porque Europa, que hizo esta difícil transición —no lo olvidemos— en cinco siglos, volvió la espalda a los antiguos protectorados desprovistos ya del interés (Ruanda y Burundi no tienen petróleo ni diamantes, sólo negros) y cuando intervino fue para distorsionar el proceso democrático agravando las contradicciones internas de ambos pueblos.

Una lucha despiadada por el poder

SIN forzar un paralelismo artificioso (Ruanda y Burundi son países hermanos, pero no mellizos), su historia reciente cuyas consecuencias nos han conmocionado, responde a este esquema simplificado: levantamiento Tutsi-represión Hutu, en Ruanda; levantamiento Hutu-represión Tutsi, en Burundi.

En Ruanda, la minoría Tutsi ha conocido la exclusión periódica o la eliminación parcial en los años 1959 (exilio masivo), 1963 (matanza de 10.000 tutsis), 1973 (con la llegada al poder de Habyrimana, hutu del Norte) y en 1990 (inicio de la guerra civil).

En Burundi, las fechas fatídicas contra la mayoría Hutu son: 1965 (golpe de estado y primer presidente tutsi), 1969, 1972 (matanza de casi 150.000 hutus y exilio masivo), 1988, 1991 y 1993 (represión militar contra hutus).

Ruanda se polarizó con Habyrimana, presidente desde 1973 hasta el atentado del avión, en abril de 1993, que le costó la vida. Hutu del Norte concitó los odios de los Tutsis y de los mismos Hutus del Sur a quienes negó toda participación en el poder. Estableció el *numerus clausus* en la Universidad, excluyendo a los Tutsis e impidió su regreso, después del éxodo masivo a Burundi, alegando que el país era pobre y pequeño y no había sitio para ellos. La consecuencia fue la aparición del Frente Patriótico Ruandés (FPR) y el estallido de la guerra civil.

Burundi, que sólo tuvo presidentes Tutsis hasta las primeras eleccio-

nes democráticas libres y limpias, en junio de 1993, cuando salió elegido Ndaye, el primer presidente Hutu, hombre conciliador pero decidido a emprender reformas radicales en los centros de poder copados desde siempre por los Tutsis, no ha resuelto aún su futuro incierto. Ndaye duró 103 días. El golpe militar de octubre acabó con su vida y con las esperanzas de cambio.

Esta apretada síntesis de la convulsionada historia que, con distintos acentos, hermana trágicamente a estos dos pueblos evidencia la raíz del conflicto: no se trata de un problema étnico, sino eminentemente político. «Está claro —decían los obispos católicos de Ruanda, en su declaración del 10 de junio de 1994— que lo que está en juego en el actual conflicto entre el FPR y el gobierno es una cuestión de lucha despiadada por el poder».

Por esto, las atrocidades cometidas ayer en Ruanda pueden repetirse mañana en Burundi. Casi siempre, en política, el mal ejemplo arrastra.

El éxodo de los pobres

LAS consecuencias de esta lucha política recaen sobre el pueblo sencillo, Hutus y Tutsis, que convivían pacíficamente en sus colinas hasta la escalada de la violencia. Los políticos encendieron el odio y el pueblo pone los muertos.

Ruanda y Burundi viven un éxodo permanente, agravado hasta límites increíbles por la actual situación. La huida masiva de Ruanda, a raíz de la victoria del FPR, nos ha conmocionado. La retirada de las tropas francesas, al final de su Operación Turquesa, dejó la zona humanitaria vacía. Los primeros días, el flujo de refugiados que cruzaba la frontera con el Zaire se calculó en 10.000 por hora. Así surgió el infierno de Goma y Bukavu.

El balance de los refugiados ruandeses es estremecedor:

* Goma y Kivu Sur	1.200.000
* Bukavu	200.000
* Kivu Norte	400.000
* Tanzania	460.000
* Burundi	140.000
* Uganda	10.000
* Kenia	5.000

A este total de 2.415.000 hay que añadir los 2.000.000 de la zona de seguridad humanitaria del suroeste del país, la mayoría de los cuales buscaron refugio también en el Zaire. Si descontamos —la operación matemática adquiere una dimensión trágica— un millón de muertos, fruto del genocidio, quedan en el interior sólo un millón y medio de habitantes. Hoy, Ruanda es un país casi vacío a donde llegan los exiliados Tutsis procedentes de Burundi, con sus inmensos rebaños de vacas, para ocupar las tierras y las casas de los Hutus que huyeron. Aunque las cifras van cambiando con el paso de los días y a pesar de la propaganda desplegada por el nuevo Gobierno invitando al retorno, el drama de los refugiados continúa.

Hoy, los campamentos de refugiados son un lugar de exacción y violencia que ni la presencia de los organismos internacionales es capaz de frenar.

El FPR hace invasiones entre los refugiados de Burundi donde desaparecen selectivamente ruandeses señalados como responsables de masacres. En los campos del Zaire, los soldados zaireños roban; el FPR ajusta cuentas, y las Fuerzas Armadas derrotadas coaccionan a los refugiados para impedir su regreso. El miedo se ha hecho dueño de los campamentos.

Entre los desplazados, sobre todo en Burundi, la situación no es mejor. Desde octubre del 93, este país vive un constante éxodo. En las provincias más castigadas, todo es destrucción y miseria: casas quemadas, escuelas, centros de salud y capillas saqueadas, campos sin cultivar. Pocos se atreven a regresar a su colina y a su casa. La gente se esconde de noche en las bananeras porque en cualquier momento puede empezar la tragedia: robar, quemar, matar... El miedo y el terror reinan también entre los desplazados burundeses.

El miedo ha separado a quienes habían sido buenos vecinos en la misma colina. Familias que han cambiado ocho o diez veces de lugar y lo han perdido todo. Los Hutus se amparan en las parroquias, mientras los Tutsis se agrupan cerca de los núcleos urbanos, protegidos por los militares. En una visita a un campo de desplazados Tutsis, encontramos un enfermo grave y le ofrecimos acompañarle al dispensario de la parroquia, pero la familia se negó instintivamente: «no, que lo envenenarán». En otra ocasión, queríamos llevar a otro enfermo grave hutu al hospital que estaba junto al campo de desplazados Tutsis y la respuesta inmediata fue: «no, que me matarán».

¿Cómo ha sido posible el baño de sangre y las masacres ocurridas en

Ruanda —en tres semanas hubo más víctimas que en Bosnia en tres años— y que mañana pueden repetirse en Burundi? ¿Cómo ha penetrado tan violentamente el odio y la venganza en estos países sin tradición de violencia? ¿Cómo explicar esta barbarie en dos países donde el 80 por 100 son cristianos?

La lógica del horror

LOS reportajes televisivos y los periódicos nos han mostrado el escándalo del horror. «Ruanda, la miseria de todos», se titulaba el comentario de un analista internacional. Pero estas imágenes sólo nos muestran las consecuencias de la violencia, no sus causas. La pregunta clave es quién ha encendido el odio étnico y para provecho de quién. «El odio no proviene del vientre, sino que se ha introducido en él», dice una sentencia en kirundi. Y es que cuando se enciende el odio étnico se desencadena la *lógica del horror*.

Así ha ocurrido. El problema étnico formaba parte de la configuración histórica de ambos estados. Richard Kandt, el primer gobernador alemán del Protectorado, con una visión pesimista sobre el sentido patriótico de estos pueblos, escribía el año 1901: «Cuando preguntas a los Tutsis qué solución se puede dar a las justas reivindicaciones de los Hutus te contestan inmediatamente «Matarlos a todos».

A lo largo de su común historia, el poder fue siempre la propiedad privada de un pequeño grupo que se resistía a compartirlo. Los cambios fueron violentos, incluso entre facciones del grupo que ostentaba en su momento el poder. Un ejemplo fue el golpe de estado de Runushu, en Ruanda, el año 1896, cuando un clan subió al poder después de asesinar al rey y su familia.

La colonia, como vimos, privilegió una etnia por encima de la otra con lo cual distorsionó aún más el delicado equilibrio étnico. Uno de los padres de la independencia ruandesa, Munyangaju, advertía sabiamente en 1959: «No se resuelve el problema de la desigualdad concediendo a los Hutus los privilegios de casta reservados antes a los Tutsis».

Esta sabiduría no ha prevalecido. Al contrario, la pertenencia étnica, que es un hecho socio-cultural, se ha convertido en un parámetro político. Esta utilización étnica con fines políticos o, mejor dicho, como instrumento del poder político es el origen del drama ruandés y, en menor escala, de Burundi.

La escalada de este *integrismo étnico*, como estrategia política para conservar o acceder al poder, se refuerza en ambos países por una crisis no resuelta *entre arcaísmo y modernidad*, es decir, que debajo de la actual modernidad de estados independientes, permanecen aún los criterios y la moral de una sociedad arcaica que refuerza la lógica de la pertenencia tribal más bien que el concepto de ciudadanía y derechos humanos. El ciudadano con derechos y deberes queda postergado ante las exigencias del clan, la tribu, la familia o la clientela, en el doble aspecto —antes señalado— de obediencia ciega al jefe y de responsabilidad colectiva.

Así, los señores de la política —políticos y militares a una— han podido maquillar su sed de poder con el desbordamiento de un conflicto interétnico para uso y horror de la opinión mundial.

El clan Habyrimana, en Ruanda, es un ejemplo claro de esta estrategia. Su guardia pretoriana, las milicias extremistas de civiles armados —los *interhamwe*, «los que luchan juntos» y los *impuzamugambi*, «los que tienen el mismo objetivo»— arrastraron al pueblo a una voluntad de genocidio con su mística racial, apoyada en un tribalismo primario. La «Radio Mil Colinas», extremista pro-hutu, sembró el odio contra los Tutsis, los *inyenzi* o cucarachas, que debían ser aplastados. Previo a los acontecimientos, cada día lanzaban al aire las listas de Tutsis y Hutus moderados que debían ser exterminados. «La fosa está medio vacía, ¿quién nos ayudará a llenarla?» repetía hasta la saciedad. «No cometamos el mismo error que en el pasado: matemos a los niños». En el mercado de Kigali se vendían armas y municiones. Una granada por un dólar. En una población de 140.000 habitantes, vecina de Gisenyi, se contaban 50.000 fusiles.

También los extremistas de Burundi están utilizando la misma estrategia mediante el equilibrio del terror. Partidos como el Papipehutu, radical Hutu, o el PRN, radical Tutsi, bloquean las negociaciones que, desde hace tres meses se desarrollan en Novotel, entre el Gobierno (Frodebu), la oposición (Uprona y los partidos minoritarios) y la Sociedad Civil en un desesperado intento de nombrar por consenso un nuevo presidente, vacante después del accidente de aviación, en abril de este año, que costó la vida a Ciprien Ntaryamira. «Radio Rutomarangingo», extremista hutu, va añadiendo leña al incendio. La recién creada «Armée Populaire de Libération du Burundi», al estilo de las milicias ruandesas, lanza proclamas incendiarias: «El ejército, en su forma actual, que mantiene la etnización y el tribalismo, debe ser eliminado. Estamos en condiciones de masacrar a todas las personas que frenen la voluntad popular. No permitiremos que

permanezcan en nuestro territorio porque estamos hartos de ser unos exiliados eternos». Los militares protegen a extremistas Tutsis, desplazados o contratados entre la juventud sin trabajo que abunda en los barrios extremos de la capital, en sus operaciones desestabilizadoras: asesinar alcaldes y un diputado, sembrar el terror y la muerte en las colinas quemando las humildes casas de los campesinos, paralizar la capital con la huelga general o «ville morte».

Mientras tanto, el pueblo sencillo que vive en las colinas —el 95 por 100 de la población— paga las consecuencias de esta lógica del horror. El genocidio ruandés ha superado todo límite humano. También en Burundi se experimenta esta tragedia de la violencia *entre* los pobres. Porque no se trata de una violencia defensiva frente a la violencia ofensiva o estructural. Va más allá. Es el desencadenamiento de un odio que divide a los pobres entre sí sólo por su pertenencia étnica. El hutu que quema la casa del tutsi o viceversa y mata a quienes encuentra son tan pobres y míseros el uno como el otro. Pero el odio que les han introducido en su vientre ha hecho de los buenos vecinos de ayer enemigos irreconciliables. Hoy, casi todo el mundo tiene un muerto en su familia o en su conciencia. La reconciliación étnica, a corto plazo, es casi imposible.

Todo ello indica la clase de abismo bárbaro al que Ruanda y Burundi se han visto arrastrados cuando la intolerancia étnica se eleva al rango de una política de estado. Toda la población se ha convertido en rehén de un proyecto totalitario. Es el *nazismo tropical* que la Europa civilizada ha conocido en la Segunda Guerra Mundial o, más recientemente, en Bosnia. No es una guerra tribal, sino la barbarie de todo conflicto post-moderno.

Los pactos, la ONU y Occidente

EMPECEMOS por Occidente y su responsabilidad en el drama de estos pueblos. De todos es sabido el apoyo que Francia dio hasta el final al régimen de Habyrimana, en Ruanda, incluso con el envío de una compañía de paracaidistas que frenó su caída, en plena guerra civil. Francia, Egipto y Suráfrica vendieron armas a las Fuerzas Armadas gubernamentales. A su vez, EE.UU., Bélgica e Italia las vendieron al FPR, el ejército vencedor. Luego, ante lo inevitable, Francia montó su *Operación Turquesa* con fines ciertamente humanitarios, pero sobre todo para lavar sus manos manchadas de sangre y su imagen inter-

nacional. Los mismos fines perseguía el puente aéreo humanitario de Clinton para paliar el infierno de Goma y Bukavu. Burundi también está sobrado de armas de procedencia parecida. ¿Con qué autoridad moral puede Occidente clamar ante los foros mundiales para detener un genocidio que ha favorecido con la venta de armas?

La ONU ha propiciado siempre una salida negociada al conflicto, pero las fuerzas de supervisión —MINUAR— han llegado tarde y sólo han podido enterrar a los muertos.

Los pactos —ARUSHA, en Ruanda y KIGOBÉ-KAJABA, en Burundi— se han visto sistemáticamente frenados o abiertamente incumplidos. El Clan de Hbyrimana impidió su realización. La oposición radical está consiguiendo lo mismo en Burundi, a pesar de las constantes concesiones del Gobierno y de su presidente interino (1). Y, sin embargo, son la única vía de solución para poner fin a la tragedia. Su filosofía básica se puede resumir en dos puntos: gobiernos de integración nacional y respeto a las minorías, con la supervisión de las fuerzas de la ONU durante el tiempo que dure el proceso.

El camino será largo, pero no hay otra alternativa salvo la total destrucción o, en palabras cínicas de Bagaza, antiguo presidente de Burundi, la división étnica con la creación de un Hutuland y Tutsiland.

En resumen, pues, cambiar la venta de armas (2) por un plan de desarrollo eficaz; cambiar la política de venganza por otra de reconciliación (3), y avanzar en el cumplimiento de los pactos mediante la negociación entre todas las fuerzas políticas de cada país.

Y, sobre todo, restablecer la credibilidad de la Justicia. «Sin justicia es imposible la reconciliación. Tanto los asesinos de mi hijo —declaraba recientemente el padre del presidente Ndadaye— como los que han cometido matanzas deben ser juzgados y condenados» (4). Ninguno de los

(1) En el transcurso de las negociaciones de Novotel, en Burundi, han sido constantes los llamamientos del presidente Ntinbantunganya a la paz, a la reconciliación y a la convivencia interétnica. El Manifiesto «Contre les fauteurs de guerre et des troubles» fue firmado por todas las fuerzas negociadoras. Personalidades de reconocido prestigio moral, tanto Hutus como Tutsis, hacen oír sus voces de moderación que el pueblo escucha con esperanza.

(2) «Es necesario que se pare la venta de armas a los grupos adversarios que se enfrentan en África» (Mensaje del Sínodo Africano).

(3) En plena crisis burundesa, en julio de este año, la esposa del presidente asesinado Ndadaye envió, desde París, un patético llamamiento a la reconciliación y al perdón entre los burundeses para cerrar la herida de las matanzas y del odio.

(4) Declaraciones en *El País*, 26 septiembre 1994.

responsables militares del magnicidio de octubre en Burundi, ni del atentado al avión presidencial que costó la vida de ambos presidentes, en abril de este año, han comparecido ante un tribunal de justicia. Se anuncia la creación de un Tribunal Internacional para enjuiciar a 30.000 responsables del genocidio ruandés, pero la impunidad reina en todas partes. El FPR vencedor invita al retorno de la población ruandesa, pero el temor a un ajuste de cuentas paraliza a los refugiados (5).

Sólo así estos países recuperarán su democracia, confiscada por la manipulación del odio étnico que les ha hundido en la noche de la barbarie. Porque la democracia no ha fracasado en África —decía Paul Semohe-re, ministro ugandés de Asuntos Exteriores, en un Seminario Internacional sobre Cultura y Democracia—. La elaboración de las instituciones y el mismo proceso democrático plantean serios problemas porque se dan en un contexto socioétnico-cultural que todos conocemos y un potencial económico muy débil» (6).

(5) El alto Comisionado de Naciones Unidas para los Refugiados (ACNUR) mostró el 23 de septiembre documentos y testimonios sobre matanzas de miles de Hutus perpetradas por el Ejército Patriótico Ruandés (RPA), dominado por los Tutsis, en venganza por las atrocidades de los Hutus durante la guerra civil. Por ello, ACNUR pide a los refugiados que no vuelvan a Ruanda. «Aunque estos presuntos incidentes no ocurrieron simultáneamente, de los informes se llega a la inevitable conclusión de que existe una clarísima constante de asesinato y persecución de los Hutus por el RPA. Las estimaciones que se hacen sugieren que ha habido miles de víctimas cada mes, desde finales de julio», manifestó en Ginebra Ron Redmon, portavoz de ACNUR. Los informes señalan que los soldados contaron con el apoyo de civiles Tutsis. Los datos han sido recogidos por un equipo de ACNUR en los campos de Tanzania, Burundi y Zaire. (*El País*, 24 septiembre 1994). Dos Agencias de Naciones Unidas —UNRED (Oficina de Emergencia de Ruanda de las Naciones Unidas) y UNAMIR (Misión de Asistencia de las Naciones Unidas en Ruanda)— discreparon sobre las conclusiones del informe de ACNUR por falta de pruebas (*El País*, 26 septiembre 1994). Es cierto que no se puede culpar de genocida por igual a las FAR de Habyarimana y al FPR, pero al mismo tiempo que se denuncia el genocidio perpetrado por los militares Hutus hay que afirmar que el FPR no es un ejército de liberación por la política vengativa que emplea una vez en el poder.

(6) Harare, 1-3 septiembre 1993, citado en *Dialogue Euro-Africain*, n.º 6. En los años setenta, McNamara había apuntado que se requería cierta renta per cápita —algo así como 4.000 dólares— para poder permitirse un sistema representativo occidental: una renta per cápita que vendría a ser la «condición material» de la democracia. Ruanda y Burundi figuran entre los países más empobrecidos del continente con apenas 500 dólares. Aunque pueda ser discutida esta opinión economicista de la democracia, es evidente que la infraestructura económica condiciona la superestructura ideológica.

Una palabra sobre la Iglesia

EN medio de tanto sufrimiento, es difícil y quizás también injusto criticar desde fuera una institución por no haber estado a la altura de las circunstancias excepcionales que hubieran requerido el valor profético y moral de personas también excepcionales.

Pero las hubo y sus testimonios, llegados del infierno de Ruanda, son ya conocidos y admirados. Una muestra: en Kibungu, el consejo parroquial, compuesto principalmente de Hutus, mantuvo escondido a su párroco tutsi varias semanas. Doroté Mukandanga, directora hutu de la Escuela de Enfermería de Kabdayi, no quiso abandonar a sus alumnas a la suerte de los militares y por eso fue asesinada. Efraín, juez tutsi incorruptible de Rukomo, perdonó a sus asesinos y rezó por ellos mientras le mataban. La hermana del segundo jefe militar del FPR, a quien su hermano le ofrecía protección si abandonaba la parroquia donde había varios miles de Hutus escondidos, le escribió una carta de despedida y de perdón antes de ser asesinada con todos los refugiados. También en Burundi han sido frecuentes los actos de solidaridad cristiana entre Hutus y Tutsis que se han protegido y ayudado en circunstancias heroicas.

Sin embargo, la Iglesia ruandesa ha pagado un alto precio por la identificación de su jerarquía con el antiguo régimen o su silencio: 350 muertos entre obispos, sacerdotes, religiosos, religiosas y laicos significados.

En Ruanda, los obispos tardaron 30 años en denunciar la masacre de Tutsis y afirmar su derecho a retornar a su patria desde su forzado exilio de 1959. En Burundi, después de los trágicos acontecimientos de octubre del 93, no ha habido una denuncia profética del episcopado sino tan sólo expresiones de buena voluntad en favor de la reconciliación.

Todo esto ha obligado a las Iglesias a un sincero y humilde examen de conciencia. La Evangelización —reconocen— ha sido tan sólo un barniz superficial que no ha llegado a calar en las conciencias y cambiar los corazones. El párroco de un barrio de Kigali afirmaba con tristeza y desolación: «Cómo podré volver a mi parroquia si el domingo anterior la comunidad celebraba fervorosamente la Eucaristía y una semana después se mataban entre sí con odio satánico».

«La Evangelización misionera que hemos heredado —escribe el dominico Manuel Ntakarutimana, responsable de la orden en África— nunca abordó los problemas socio-políticos de estos pueblos».

Hoy la Iglesia debe dar, en estos países, una nueva imagen. Hace falta

una reforma radical —reconocían con sinceridad dos religiosos ruandeses— para pasar de una Iglesia-sistema a una *Iglesia más cercana al pueblo*. La pregunta que nos hemos de hacer es cómo realizar este ideal y esta conversión. En otras palabras, cómo crear una Iglesia servidora en lugar de una Iglesia dominadora. Además, en las actuales circunstancias, es preciso evitar un modelo de Iglesia demasiado funcional, semejante a una ONG.

Estos son los retos pastorales que tienen planteadas las Iglesias de Ruanda y Burundi.

Amahoro!

¡PAZ!, en Kirundi. Es el anhelo más profundo de estos pueblos. Y la paz —como decía Gandhi— no tiene caminos; el único camino es la paz.

La ayuda humanitaria, urgente hoy, ha de dejar paso pronto a las verdaderas soluciones: cumplir los acuerdos suponen el fin de la política de clanes y el inicio de gobiernos de integración; desmilitarización, fin del poder militar e inicio de la subordinación al poder civil; y sobre todo, ayuda decidida de Occidente al desarrollo.

Con estas condiciones, la voluntad y la fe en Dios —Imana— tan enraizada en ambos pueblos, harán realidad la profecía de Jeremías:

Entonces —oráculo del Señor— yo seré el Dios
de todas las tribus de Israel y ellas serán mi pueblo.

El pueblo escapado de la espada
alcanzó favor en el desierto:

Israel camina a su descanso,
el Señor se le apareció desde lejos.

Con amor eterno te amé, por eso prolongué mi lealtad;
te reconstruiré y quedarás construida, capital de Israel,
de nuevo plantarás viñas en los montes de Samaría,
y los que las plantan las cosecharán.

«Es de día», gritarán los centinelas en la sierra de Efraín,
«en pie, a Sión, a visitar al Señor, nuestro Dios».

Así dice el Señor: griten jubilosos por Jacob,
alégrense por la suerte de estos pueblos,
pregonen, alaben y digan:

El Señor ha salvado a su pueblo, el resto de Israel».

(Jr 31, 1-7).